Quevedo, El mundo por de dentro

—Eficaces palabras tienes, buen viejo: traído me has el alma a mí, que me la llevaban embelecada[16] vanos deseos. ¿Quién eres, de dónde, y qué haces por aquí?

—Mi hábito y traje dice que soy hombre de bien y amigo de decir verdades, en lo roto y poco medrado; y lo peor que tu vida tiene es no haberme visto la cara hasta ahora. Yo soy el Desengaño; estos rasgones de la ropa son de los tirones que dan de mí los que dicen en el mundo que me quieren, estos cardenales del rostro, estos golpes y coces me dan en llegando, porque vine y por que me vaya;[17] que en el mundo todos decís que queréis desengaño, y en teniéndole, unos os desesperáis, otros maldecís a quien os le dio, y los más corteses no le creéis. Si tú quieres, hijo, ver el mundo, ven conmigo, que yo te llevaré a su calle mayor, que es adonde salen esas otras, y allí verás juntos los que por aquí van divididos sin cansarte, y yo te enseñaré el mundo como es, que tú no alcanzas a ver sino lo que parece.[18]

—¿Y cómo se llama —dije yo— la calle mayor del mundo donde hemos de ir?[19]

—Se llama —respondió— Hipocresía, calle que empieza con el mundo y se acabará con él: y no hay nadie casi que no tenga una casa, un cuarto o un aposento en ella.[20] Unos son vecinos y otros paseantes, que hay muchas diferencias de hipócritas, y todos cuantos ves por ahí lo son.

—¿No ves los viejos, hipócritas de barbas con las canas envainadas en tinta, querer en todo parecer muchachos?[27] ¿No ves a los niños y mancebos preciarse de dar consejos y presumir de cuerdos? Pues todo es hipocresía.

¿Pues en los nombres de las cosas no la hay, la mayor del mundo? El zapatero de viejo se llama entretenedor del calzado; el botero, sastre del vino que le hace de vestir; el mozo de mulas, gentilhombre del camino; el bodegón, estado; el bodegonero, contador; el verdugo se llama miembro de justicia, y el corchete, criado; el fullero, cierto; el ventero, huésped; la taberna, ermita; la putería, casa; las putas, damas; las alcahuetas, dueñas; los cornudos, honrados; amistad llaman el amancebamiento; trato, la usura; burla, la estafa; gracia, la mentira; donaire, la malicia; descuido, la bellaquería; valiente al desvergonzado; cortesano al vagamundo; al negro, moreno; señor maestro al albardero, y señor doctor al platicante.[28] Así que no son lo que parecen ni lo que se llaman: Hipócritas en el nombre y en el hecho.

Kamenský, Labyrint světa

1

(Eccl. 1, 2. 15)

Moudrosti světské larva odkryta

Tu Šalomoun, kterýž až potud dívaje se tiše seděl, déle se již držeti nemoha, hlasem velikým volati začal: „Marnost nad marnostmi, a všecko marnost! Tak-liž co křivého jest, zpřímiti se nemůž? nelze-liž ani nedostatků sčísti?“ A povstav, i zástup jeho veškeren, s hřmotem velikým, ubírá se přímo k trůnu královny (aniž tomu buď ta vzteklá Pošta, aneb drabanti z obou stran překaziti co mohli: protože křikem a bleskem[1] jeho zaraženi byli, jako i sama s raddami svými královna). On tedy vztáhna ruku, sejme z oblíčeje jejího zastření, kteréž ač se prvé cosi drahého a stkvoucího zdálo, nenašlo se však býti než pavučinou. A aj, tvář její se ukázala bledá, však odutá, červenosti sic něco na lících, však líčené (což se odlupováním po místech znamenalo) mající; ruce tolikéž prašivé spatříny, a všecko tělo nemilé, i dýchání její smrduté. Čehož sem já se zděsil i všickni přítomní, že jsme jako strnutí stáli.

I jejím raddám

Šalomoun pak obrátiv se k raddám domnělé té královny, zodjímal i jim larvy a řekl: „Vidím, že na místě Spravedlnosti *Nespravedlnost* panuje a na místě Svatosti *Ohavnost*. Bedlivost váše jest *Podhlidavost*[2]; Opatrnost váše *Chytrost;* Přívětivost váše *Pochlebenství;* Pravda váše *Tvárnost*[3] jen; Horlivost váše *Vzteklost*; Udatnost váše *Opovážlivost;* Milost váše *Bújnost;* Pracovitost váše *Otroctví*; Důvtipnost váše *Domnínka;* Nábožnost váše *Pokrytství* etc. Vy-liž na místě Boha Všemohoucího svět říditi máte? Přivedeť Bůh na soud veliký skutek a každou věc tajnou, buďto dobrou nebo zlou. Já pak půjdu a hlásati všemu světu budu, aby se svoditi a mámiti nedali.“

Gracián, El Criticón

Gritaba otro:

—¡Daos prisa a comprar, que mientras más tardáis, más perdéis, y no podréis recuperarlo por ningún precio!

Éste redimía[27] tiempo.

—Aquí —dezía otro— se da de balde lo que vale mucho.

—¿Y qué es?

—El escarmiento.

—¡Gran cosa! ¿Y qué cuesta?

—Los necios le compran a su costa; los sabios, a la agena.

—¿Dónde se vende la experiencia? —preguntó Critilo—; que también vale mucho.

Y señaláronle acullá lexos en la botica de los años.

—¿Y la amistad? —preguntó Andrenio.

—Éssa, señor, no se compra, aunque muchos la venden: que los amigos comprados no lo son y valen poco.

Con letras de oro dezía en una: *Aquí se vendē todo y sin precio.*

—Aquí entro yo —dixo Critilo.

Hallaron tan pobre al vendedor, que estaba desnudo y toda la tienda desierta: no se veía cosa en ella.

—¿Cómo dize[28] esto con el letrero?

—Muy bien —respondió el mercader.

—Pues ¿qué vendéis?

—Todo cuanto hay en el mundo.

—¿Y sin precio?

—Sí, porque con desprecio: despreciando cuanto hay, seréis señor de todo; y al contrario, el que estima las cosas no es señor dellas, sino ellas dél. Aquí el que da se queda con la cosa dada, y le vale mucho, y los que la reciben quedan muy pagados con ella.

Averiguaron era la cortesía y el honrar a todo el mundo.

—¡Aquí se vende —pregonaba uno— lo que es proprio, no lo ageno!

—¿Qué mucho es esso? —dixo Andrenio.

—Sí es, que muchos os venderán la diligencia que no hazen, el favor que no pueden y, aunque pudieran, no le hizieran.

Fuéronse encaminando a una tienda, donde con gran cuidado los mercaderes les hizieron retirar, y con cuantos se allegaban hazían lo mismo.

—¿O vendéis, o no? —dixo Andrenio—. Nunca tal se ha visto, que el mismo mercader desvíe los compradores de su tienda. ¿Qué pretendéis con esso?

Gritáronles otra vez se apartassen y que comprassen de lexos.

[28] *Decir* (con). «Vale conformar, corresponder una cosa con otra.» *(Dic. Aut.)*

DEDICATORIA

al Duque de Béjar

Pasos de un peregrino son errante
cuantos me dictó versos dulce Musa
en soledad confusa,
perdidos unos, otros inspirados.

SOLEDAD PRIMERA

Era del año la estación florida
en que el mentido robador de Europa
(media luna las armas de su frente,
y el Sol todos los rayos de su pelo),
luciente honor del cielo,
en campos de zafiro pace estrellas,
cuando el que ministrar podía la copa
a Júpiter mejor que el garzón de Ida,
náufrago, y desdeñado sobre ausente,
lagrimosas de amor dulces querellas

da al mar, que condolido,
fué a las ondas, fué al viento
el mísero gemido,
segundo de Arión dulce instrumento.
Del siempre en la montaña opuesto pino
al enemigo Noto,
piadoso miembro roto,
breve tabla Delfín no fué pequeño
al inconsiderado peregrino,
que a una Libia de ondas su camino
fió, y su vida a un leño.
Del Océano pues antes sorbido,
y luego vomitado
no lejos de un escollo coronado
de secos juncos, de calientes plumas,
alga todo y espumas,

halló hospitalidad donde halló nido
de Júpiter el ave.
Besa la arena, y de la rota nave
aquella parte poca
que le expuso en la playa dió a la roca;
que aun se dejan las peñas
lisonjëar de agradecidas señas.

No bien pues de su luz los horizontes,
que hacían desigual, confusamente,
montes de agua y piélagos de montes,
desdorados los siente,
cuando entregado el mísero extranjero
en lo que ya del mar redimió fiero,
entre espinas crepúsculos pisando,
riscos que aun igualara mal volando
veloz, intrépida ala,
menos cansado que confuso, escala.
Vencida al fin la cumbre
del mar siempre sonante,
de la muda campaña,
árbitro igual e inexpugnable muro,
con pie ya más seguro
declina al vacilante
breve esplendor del mal distinta lumbre,
farol de una cabaña
que sobre el ferro está en aquel incierto
golfo de sombras anunciando el puerto.

«Aquéllas que los árboles apenas
dejan ser torres hoy, dijo el cabrero
con muestras de dolor extraordinarias,
las estrellas nocturnas luminarias
eran de sus almenas,
cuando el que ves sayal fué limpio acero.
Yacen ahora, y sus desnudas piedras
visten piadosas yedras:
que a ruïnas y a estragos,
sabe el tiempo hacer verdes halagos.»

Pasaron todos pues, y regulados
cual en los Equinocios surcar vemos
los piélagos del aire libre algunas
volantes no galeras,
sino grullas veleras,
tal vez creciendo, tal menguando lunas
sus distantes extremos,
caracteres tal vez formando alados
en el papel diáfano del cielo
las plumas de su vuelo.

Soledad Segunda

El peregrino pues, haciendo en tanto
instrumento el bajel, cuerdas los remos,
al Céfiro encomienda los extremos
deste métrico llanto:

«Si de aire articulado
no son dolientes lágrimas süaves
estas mis quejas graves,
voces de sangre, y sangre son del alma.
Fíelas de tu calma,
ô mar, quien otra vez las ha fiado
de tu fortuna aun más que de su hado.

»¡Ô mar, ô tú, supremo
moderador piadoso de mis daños!
Tuyos serán mis años,
en tabla redimidos poco fuerte
de la bebida muerte,
que ser quiso en aquel peligro extremo,
ella el forzado y su guadaña el remo.

»Regiones pise ajenas,
o clima propio, planta mía perdida.
Tuya será mi vida,
si vida me ha dejado que sea tuya
quien me fuerza a que huya
de su prisión, dejando mis cadenas
rastro en tus ondas más que en tus arenas.

»Audaz mi pensamiento
el Cenit escaló, plumas vestido,
cuyo vuelo atrevido,
si no ha dado su nombre a tus espumas,
de sus vestidas plumas
conservarán el desvanecimiento
los anales diáfanos del viento.

aspecto feudal del edificio. Al pasar junto a la puerta de una de las habitaciones del entresuelo, Juanito la vio abierta y, lo que es natural, miró hacia dentro, pues todos los accidentes de aquel recinto despertaban en sumo grado su curiosidad. Pensó no ver nada, y vio algo que de pronto le impresionó: una mujer bonita, joven, alta... Parecía estar en acecho, movida de una curiosidad semejante a la de Santa Cruz, deseando saber quién demonios subía a tales horas por aquella endiablada escalera. La moza tenía pañuelo azul claro por la cabeza y un mantón sobre los hombros, y en el momento de ver al Delfín, se infló con él, quiero decir, que hizo ese característico arqueo de brazos y alzamiento de hombros con que las madrileñas del pueblo se agasajan dentro del mantón, movimiento que les da cierta semejanza con una gallina que esponja su plumaje y se ahueca para volver luego a su volumen natural.

Juanito no pecaba de corto, y al ver a la chica y observar lo linda que era y lo bien calzada que estaba, diéronle ganas de tomarse confianzas con ella.

—¿Vive aquí—le preguntó—el señor de Estupiñá?

—¿Don Plácido?... En los *más últimos de arriba*—contestó la joven, dando algunos pasos hacia fuera.

Y Juanito pensó: «Tú sales para que te vea el pie. Buena bota...» Pensando esto advirtió que la muchacha sacaba del mantón una mano con mitón encarnado y que se la llevaba a la boca. La confianza se desbordaba del pecho del joven Santa Cruz, y no pudo menos de decir:

—¿Qué come usted, criatura?

—¿No lo ve usted?—replicó mostrándoselo—. Un huevo.

—¡Un huevo crudo!

Con mucho donaire, la muchacha se llevó a la boca por segunda vez el huevo roto y se atizó otro sorbo.

—No sé cómo puede usted comer esas babas crudas —dijo Santa Cruz, no hallando mejor modo de trabar conversación.

—Mejor que guisadas. ¿Quiere usted?—replicó ella ofreciendo al Delfín lo que en el cascarón quedaba.

Por entre los dedos de la chica se escurrían aquellas babas gelatinosas y transparentes. Tuvo tentaciones Juanito de aceptar la oferta, pero no; le repugnaban los huevos crudos.

—No, gracias.

FORTUNATA Y JACINTA

Ella entonces se lo acabó de sorber y arrojó el cascarón, que fue a estrellarse contra la pared del tramo inferior. Estaba limpiándose los dedos con el pañuelo, y Juanito, discurriendo por dónde pegaría la hebra, cuando sonó abajo una voz terrible que dijo: *¡Fortunaaá!* Entonces la chica se inclinó en el pasamanos y soltó un *yiá voy*, con chillido tan penetrante, que Juanito creyó se le desgarraba el tímpano. El *yiá*, principalmente, sonó como la vibración agudísima de una hoja de acero al deslizarse sobre otra. Y al soltar aquel sonido, digno canto de tal ave, la moza se arrojó con tanta presteza por las escaleras abajo, que parecía rodar por ellas. Juanito la vio desaparecer, oía el ruido de su ropa azotando los peldaños de piedra y creyó que se mataba. Todo quedó al fin en silencio, y de nuevo emprendió el joven su ascensión penosa. En la escalera no volvió a encontrar a nadie, ni una mosca siquiera, ni oyó más que el ruido de sus propios pasos.

Cuando Estupiñá le vio entrar, sintió tanta alegría que a punto estuvo de ponerse bueno instantáneamente por la sola virtud del contento. No estaba el hablador en la cama, sino en un sillón, porque el lecho le hastiaba, y la mitad inferior de su cuerpo no se veía, porque estaba liado como las momias y envuelto en mantas y trapos diferentes. Cubría su cabeza, orejas inclusive, el gorro negro de punto que usaba dentro de la iglesia. Más que los dolores reumáticos molestaba al enfermo el no tener con quien hablar, pues la mujer que le servía, una tal doña Brígida, patrona o ama de llaves, era muy displicente y de pocas palabras. No poseía Estupiñá ningún libro, pues no necesitaba de ellos para instruirse. Su biblioteca era la sociedad, y sus textos, las palabras calentitas de los vivos. Su ciencia era su fe religiosa, y ni para rezar necesitaba breviarios ni florilegios, pues todas las oraciones las sabía de memoria. Lo impreso era para él música, garabatos que no sirven de nada. Uno de los hombres que menos admiraba Plácido era Gutenberg. Pero el aburrimiento de su enfermedad le hizo desear la compañía de alguno de estos habladores mudos que llamamos libros. Busca por aquí, busca por allá, y no se encontraba cosa impresa. Por fin, en polvoriento arcón halló doña Brígida un mamotreto perteneciente a un exclaustrado que moró en la misma casa allá por el año 40. Abriólo Estupiñá con respeto, ¿y qué era? El tomo undécimo del *Boletín Eclesiástico de la dió-*

Azorín camina por la carretera del Este. Y en lo alto de la verdosa loma, en medio de un gran recuesto tapizado de césped, se detiene y contempla la lejanía... El telégrafo rezonguea sonoramente; un gallo canta; por la carretera van lentamente coches negros, coches blancos; vuelven precipitados coches negros, coches blancos; detrás los ripers repletos de figuras negras cascabelean, los simones en larga hilera espejean al sol en sus barnices. En frente, sobre una colina verde, destacan edificios rojizos que marcan su silueta en el azul blanquecino del horizonte, y un enrejado de claros árboles raya el cielo con su ramaje seco. A la derecha, aparecen los grandes cortados y socaves amarillentos de los tejares, y acá y allá, los manchones rojos de las pilas de ladrillos; más lejos, cerrando el panorama, la inmensa mole del Guadarrama, con las cúspides blancas de nieve, con aristas y resaltos de azul negruzco... Dos, tres blancas humaredas se disuelven en la lejanía suavemente; por la carretera pasan coches y coches; los cocheros gritan: *¡ya! ¡ya!*; el aire en grandes ráfagas trae las notas de los organillos, cacareos de gallos, ladridos. Cerca, un rebaño pasta en el césped: las ovejas balan; se oye el silbido largo, *ondulante*, de una locomotora; y de cuando en cuando, incesantemente, llega el ruido lejano de cuatro ó seis detonaciones.

Y Azorín, cansado de sus diez años de Madrid, harto de periódicos y de libros, piensa en esta danza frenética é inútil de vivos y de muertos... y regresa por la carretera lentamente. Van y vienen coches negros, coches blancos; un hombre pasa de prisa con una cajita gris al hombro; en la tapa dice: *S. Juan de Dios*. A lo lejos suena roncamente el batir de tambores; el viento trae el *fó-fó* asmático de una locomotora. Y mientras cae la tarde, ante los barracones asordadores, mientras tocan los organillos y se baila frenéticamente, y los mozos van y vienen con platos, y se grita, y se canta, y se remueve en espasmo postrero la turba lujuriosa de chulapos y fregonas, Azorín, emocionado, estremecido, ve pasar un coche blanco, con una caja blanca cubierta de flores, y en torno al coche, un círculo de niñas que lleva cada una su cinta y caminan fatigadas, silenciosas, desde la lejana ciudad al cementerio lejano...

***

Y ya en Madrid, rendido, anonadado, postrado de la emoción tremenda de esta pesadilla de la Lujuria, el Dolor y la Muerte, Azorín piensa un momento en la dolorosa, inútil y estúpida evolución de los mundos hacia la Nada...

Azorín, La voluntad, 1902

Unamuno, San Manuel Bueno, Mártir, 1930

intentar siquiera catequizarle, convertirle de otra manera.

—¿Pero es posible? —exclamé, consternada.

—¡Y tan posible, hermana, y tan posible! Y cuando yo le decía: «Pero ¿es usted, usted, el sacerdote, el que aconseja que finja?», él, balbuciente: «¿Fingir?» ¡Fingir no!, ¡eso no es fingir! Toma agua bendita que dijo alguien[28], y acabarás creyendo.» Y como yo, mirándole a los ojos, le dijese: «¿Y usted celebrando misa ha acabado por creer?», él bajó la mirada al lago y se le llenaron los ojos de lágrimas. Y así es como le arranqué su secreto.

—¡Lázaro! —gemí.

Y en aquel momento pasó por la calle Blasillo el bobo, clamando su: «¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?» Y Lázaro se estremeció creyendo oír la voz de don Manuel, acaso la de Nuestro Señor Jesucristo.

—Entonces —prosiguió mi hermano— comprendí sus móviles y con esto comprendí su santidad; porque es un santo, hermana, todo un santo. No trataba, al emprender ganarme para su santa causa —porque es una causa santa, santísima—, arrogarse un triunfo, sino que lo hacía por la paz, por la felicidad, por la ilusión si quieres, de los que le están encomendados; comprendí que si les engaña así —si es que esto es engaño— no es por medrar. Me rendí a sus razones, y he aquí mi conversión. Y no me olvidaré jamás del día en que diciéndole yo: «Pero, don Manuel, la verdad, la verdad ante todo», él temblando, me susurró al oído

[28] García de la Concha acertadamente indica que «dijo alguien» se refiere a Pascal en sus *Pensées*. Estas relaciones con Pascal ya las había estudiado Juan López-Morillas en su artículo «Unamuno and Pascal» *PMLA* 65 (1950), 988-1010. Véase la introducción de García de la Concha a su edición de *San Manuel Bueno, mártir* y también las anotaciones que Unamuno hizo a los *Pensées* que he recogido en mi libro *An Unamuno Source Book: A Catalogue of Reading and Acquisitions with an Introductory Essay on Unamuno's Dialectical Enquiry* xix-xviii, 184.

—y eso que estábamos solos en medio del campo—: «¿La verdad? La verdad, Lázaro, es acaso algo terrible, algo intolerable, algo mortal; la gente sencilla no podría vivir con ella.» «Y ¿por qué me la deja entrever ahora aquí, como en confesión?», le dije. Y él: «Porque si no me atormentaría tanto, tanto, que acabaría gritándola en medio de la plaza, y eso jamás, jamás, jamás. Yo estoy para hacer vivir a las almas de mis feligreses, para hacerlos felices, para hacerles que se sueñen inmortales y no para matarlos. Lo que aquí hace falta es que vivan sanamente, que vivan en unanimidad de sentido, y con la verdad, con mi verdad, no vivirían. Que vivan. Y esto hace la Iglesia, hacerlos vivir. ¿Religión verdadera? Todas las religiones son verdaderas en cuanto hacen vivir espiritualmente a los pueblos que las profesan, en cuanto les consuelan de haber tenido que nacer para morir, y para cada pueblo la religión más verdadera es la suya, la que le ha hecho. ¿Y la mía? La mía es consolarme en consolar a los demás, aunque el consuelo que les doy no sea el mío.» Jamás olvidaré éstas sus palabras.

—¡Pero esa comunión tuya ha sido un sacrilegio! —me atreví a insinuar, arrepintiéndome al punto de haberlo insinuado.

—¿Sacrilegio? ¿Y él, que me la dio? ¿Y sus misas?

—¡Qué martirio! —exclamé.

—Y ahora —añadió mi hermano— hay otro más para consolar al pueblo.

—¿Para engañarle? —dije.

—Para engañarle, no —me replicó—, sino para corroborarle en su fe.

—Y el pueblo —dije—, ¿cree de veras?

—¡Qué sé yo...! Cree sin querer, por hábito, por tradición. Y lo que hace falta es no despertarle. Y que viva en su pobreza de sentimientos para que no ad-

Línea 212: *en*, antes de *confesión*, eliminada (ed. 1931) y agregada en 1933.

Ahí tienes el *ichneumon,* que mete sus huevos en una lombriz y la inyecta una sustancia que obra como el cloroformo; el *sphex,* que coge las arañas pequeñas, las agarrota, las sujeta y envuelve en la tela y las echa vivas en las celdas de sus larvas para que las vayan devorando; ahí están las avispas, que hacen lo mismo arrojando al *spoliarium* que sirve de despensa para sus crías, los pequeños insectos paralizados por un lancetazo que les dan con el aguijón en los ganglios motores; ahí está el *estafilino* que se lanza a traición sobre otro individuo de su especie, le sujeta, le hiere y le absorbe los jugos; ahí está el *meloe,* que penetra subrepticiamente en los panales de las abejas, se introduce en el alvéolo en donde la reina pone su larva, se atraca de miel y luego se come a la larva; ahí está...

—Sí, sí, no siga usted más; la vida es una cacería horrible.

—La naturaleza es lo que tiene; cuando trata de reventar a uno, lo revienta a conciencia. La justicia es una ilusión humana; en el fondo todo es destruir, todo es crear. Cazar, guerrear, digerir, respirar, son formas de creación y de destrucción al mismo tiempo.

—Y entonces, ¿qué hacer? —murmuró Andrés—. ¿Ir a la inconsciencia? ¿Digerir, guerrear, cazar, con la serenidad de un salvaje?

—¿Crees tú en la serenidad del salvaje? —preguntó Iturrioz—. ¡Qué ilusión! Eso también es una invención nuestra. El salvaje nunca ha ido sereno.

—¿Es que no habrá plan ninguno para vivir con cierto decoro? —preguntó Andrés.

—El que lo tiene es porque ha inventado uno para su uso. Yo hoy creo que todo lo natural, que todo lo espontáneo es malo; que sólo lo artificial, lo creado por el hombre, es bueno. Si pudiera viviría en un club de Londres, no iría nunca al campo sino a un parque, bebería agua filtrada y respiraría aire esterilizado...

Andrés ya no quiso atender a Iturrioz, que comenzaba a fantasear por entretenimiento. Se levantó y se apoyó en el barandado de la azotea.

Sobre los tejados de la vecindad revoloteaban unas palomas; en un canalón grande corrían y jugueteaban unos gatos.

Separados por una tapia alta había enfrente dos jardines: uno era de un colegio de niñas, el otro de un convento de frailes.

El jardín del convento se hallaba rodeado por árboles frondosos; el del colegio no tenía más que algunos macizos con hierbas y flores, y era una cosa extraña que daba cierta impresión de algo alegórico, ver al mismo tiempo jugar a las niñas corriendo y gritando, y a los frailes que pasaban silenciosos en filas de cinco o seis dando la vuelta al patio.

—Vida es lo uno y vida es lo otro —dijo Iturrioz filosóficamente, comenzando a regar sus plantas.

Andrés se fue a la calle.

¿Qué hacer? ¿Qué dirección dar a la vida? —se preguntaba con angustia. Y la gente, las cosas, el sol, le parecían sin realidad ante el problema planteado en su cerebro.

Pío Baroja, El árbol de la ciencia, 1911

5

Del Camino (Soledades 1899-1907)

XXXIV

Me dijo un alba de la primavera:
Yo florecí en tu corazón sombrío
ha muchos años, caminante viejo
que no cortas las flores del camino.
Tu corazón de sombra, ¿acaso guarda
el viejo aroma de mis viejos lirios?
¿Perfuman aún mis rosas la alba frente
del hada de tu sueño adamantino?

Respondí a la mañana:
Sólo tienen cristal los sueños míos.
Yo no conozco el hada de mis sueños;
ni sé si está mi corazón florido.
Pero si aguardas la mañana pura
que ha de romper el vaso cristalino,
quizás el hada te dará tus rosas,
mi corazón tus lirios.

Quiso el poeta recordar a solas,
las ondas bien amadas, la luz de los cabellos
que él llamaba en sus rimas rubias olas.
Leyó... La letra mata: no se acordaba de ellos...
Y un día —como tantos— al aspirar un día
aromas de una rosa que en el rosal se abría,
brotó como una llama la luz de los cabellos
que él en sus madrigales llamaba rubias olas,
brotó, porque una aroma igual tuvieron ellos...
Y se alejó en silencio para llorar a solas.

(1907)

XXXVII

¡Oh, dime, noche amiga, amada vieja,
que me traes el retablo de mis sueños
siempre desierto y desolado, y sólo
con mi fantasma dentro,
mi pobre sombra triste
sobre la estepa y bajo el sol de fuego,
o soñando amarguras
en las voces de todos los misterios,
dime, si sabes, vieja amada, dime
si son mías las lágrimas que vierto!
Me respondió la noche:
Jamás me revelaste tu secreto.
Yo nunca supe, amado,
si eras tú ese fantasma de tu sueño,
ni averigüé si era su voz la tuya,
o era la voz de un histrión grotesco.
Dije a la noche: Amada mentirosa,
tú sabes mi secreto;
tú has visto la honda gruta
donde fabrica su cristal mi sueño,
y sabes que mis lágrimas son mías,
y sabes mi dolor, mi dolor viejo.
¡Oh! Yo no sé, dijo la noche, amado,
yo no sé tu secreto,
aunque he visto vagar ese, que dices
desolado fantasma, por tu sueño.
Yo me asomo a las almas cuando lloran
y escucho su hondo rezo,
humilde y solitario,
ese que llamas salmo verdadero;
pero en las hondas bóvedas del alma
no sé si el llanto es una voz o un eco.
Para escuchar tu queja de tus labios
yo te busqué en tu sueño,
y allí te vi vagando en un borroso
laberinto de espejos.

Es una tarde cenicienta y mustia,
destartalada, como el alma mía;
y es esta vieja angustia
que habita mi usual hipocondría.
La causa de esta angustia no consigo
ni vagamente comprender siquiera;
pero recuerdo y, recordando, digo:
—Sí, yo era niño, y tú, mi compañera.

6

[II]

En nuestras almas todo
por misteriosa mano se gobierna.

Incomprensibles, mudas,
nada sabemos de las almas nuestras.
Las más hondas palabras
del sabio nos enseñan,
lo que el silbar del viento cuando sopla,
o el sonar de las aguas cuando ruedan.

Campos de Castilla (1907-1917)

Campos de Soria

II

Las tierras labrantías,
como retazos de estameñas pardas,
el huertecillo, el abejar, los trozos
de verde obscuro en que el merino pasta,
entre plomizos peñascales, siembran
el sueño alegre de infantil Arcadia.
En los chopos lejanos del camino,
parecen humear las yertas ramas
como un glauco vapor —las nuevas hojas—
y en las quiebras de valles y barrancas
blanquean los zarzales florecidos,
y brotan las violetas perfumadas.

Goytisolo, Reivindicación del conde don Julián 1970

don Álvaro se expresa en un castellano purísimo y, acentuando la digital presión sobre el brazo, te arrastra a un típico café madrileño furiosamente iluminado con luces de neón
local muy castizo adonde suelo ir por las tardes : tertulia de carpetos auténticos que avanzan por la vida con rumbo fijo, recto y claro, sostenidos por tranquila certidumbre y seguridad, por ánimo impávido y sereno : ajenos a lo vulgar, informe y mostrenco : de pocas palabras en el comercio común, pero capaces de alzar la voz y encumbrarse a formas superiores de elocuencia y retórica : no has estado nunca?
no, dices
pues debes venir : hay que mirar hacia adelante y hacia arriba : concebir la vida como servicio : obedecer prontamente y con alegría todo lo que nos manden
sin soltarte el brazo prisionero, don Álvaro te instala en uno de los taburetes de la barra y se acomoda a continuación junto a ti, haciendo crujir, por turno, las distintas piezas de su caparazón ósco : los rasgos de su máscara han abultado todavía en el intervalo y presentan ahora una estructura maciza y sólida, más próxima al mi-

[...]

neral que al viviente
dos chatos de vino con garbanzos, ordena : comida frugal, costumbres sobrias : sentido ascético y militar de la vida : esencias perennes
su severa mirada se pierde en las fugitivas siluetas que atraviesan el callejón : albornoces, chilabas, mujeres con velo : un ciego escoltado por un lazarillo, vendedores de avellanas, almendras y cacahuetes
gente blanda y de poca sustancia, dice él : potestad de regir : voluntad de Imperio : gloria y grandeza hispanas por las rutas del mar[125]
los garbanzos desaparecen uno tras otro en el orificio bucal y el clarete se esfuma en un pestañeo : después de devorar su ración, don Álvaro acaba limpiamente con la tuya, y, satisfecho hurga con un palillo en el bloque frontal de sus dientes
lees a menudo a Séneca?
no, dices
tienes que hacerlo : hay que desterrar las actitudes cómodas e intrascendentes : someter la realidad a los imperativos absolutos del espíritu : a un orden jerárquico, vertical[126]

Álvaro Pérez-Valles

efluvios éticos!, dice: esencias metafísicas! : Gredos, Gredos!
perdóneme usted, dice : tengo una cita en el bulevar Pasteur y me temo que
no has estado nunca en Gredos?
no, no has estado
es lástima, dice
lástima?
las entrañas de Gredos son como las entrañas de la Castilla heroica y mística! : ombligo de nuestro mundo serrano a más de dos mil metros de altura! : la capra encarna nuestras más puras esencias, no lo sabías?[127]
lo siento mucho : pero se está haciendo tarde y creo que

[...]

Meseta, llanura horizontal, áspera y recia Castilla!
ya está : te has desprendido del taburete, del madrileño café, de la presencia invasora de Figurón y corres, corres por Lucus en dirección a Tadjinia y a Fuente Nueva : no, hacia Abdessadak mejor : para torcer en seguida a la izquierda y perderte luego en el arduo y desorientador laberinto de Ben Batuta : en Lucus aún, entre barberías y tiendas de ropa, talleres de artesanos, librerías de viejo

(2)

[illegible] y millones de pasajes, unido a ellos en unánime y venturosa comunión : ciudades hispanas con su enjambre de antenas, sagradas familias en sagradas cenas, con los niños, el papá, la mamá! : acogiendo como maná del cielo la elocuente dicción del oráculo : el sugestivo reclamo de una marca de sostenes, las níveas hazañas de un asombroso jabón : la ubuesca, ubicua versión de los acontecimientos que diariamente sacuden el tenebroso y desquiciado mundo moderno y hacen de vuestra patria un envidiable y envidiado remanso de paz, armonía y prosperidad : ríos de automóviles, arterias chorreantes de anuncios luminosos, rascacielos de treinta pisos que avasallan con su imponente mole la minúscula estatua de Cervantes! : estudios hollywoodenses de Almería y hoteles Hilton en Motilla del Palancar! : transformaciones espectaculares, sí, pero que no alteran en absoluto las esencias perennes de vuestra alma: enjundia de estoicismo senequista metido en la cañada de los huesos : la alpina estupefacción en Gredos y el Ku-Klux-Klan en la Semana Santa[136] : mientras el oráculo de cuello almidonado y corbata de cuadros emite informaciones crípticas

(3)

con sambenito, coroza, mordaza, haces de leña sobre la cabeza, corona de llamas, escapulario blanco : o descalzo, en cuerpo, sin bonete, con una soga verde al pescuezo y una vela verde en la mano : bajo la exuberante armazón de doradas volutas y ornamentaciones florales : columnas y capiteles, retablos y rejas, aladas cabezas de ángeles, convulsas figurillas de demonios : la panoplia habitual de recursos guiñolescos y pánicos : piernas y brazos de escayola, muletas, matas de pelo, paños de verónica, aparatos ortopédicos[144] : en la pantalla del artefacto, en medio de las reprobadoras miradas peninsulares, postrado de hinojos ante el camerino de la Virgen un maniquí de madera articulado, vestido con un manto azul y oro y con el corazón atravesado de alfileres, como el acerico de una costurera : en sus brazos, el Hijo, un muñeco de pelo rubio natural peinado a lo Shirley Temple, empuña una espada de juguete
el rostro de la Virgen es, a la vez, grueso y demacrado : espesos grumos de almagre fingen regueros de sangre en las lustrosas mejillas
llora?
sí, llora
por qué?
por ti

(5)

leguas de Pinto y a cinco de Marmolejo"[210] mientras los perros acometen a los descontentos y el fraile bendice los cadáveres : estás junto a los aposentos de la hija de don Álvaro y, aprovechando un instante de distracción, te ocultarás tras la cortina : Isabel la Católica es de mediana estatura, bien compuesta en su persona y en la proporción de sus miembros, muy blanca y rubia, los ojos entre verdes y azules, el mirar gracioso y honesto : es generosa, expansiva, justiciera, alegre : busca los principios superiores de la vida en los libros, en la conversación con los doctos : oye misa diariamente, cumple con las horas canónicas : aprende latín para orar y lo domina como un consumado humanista : su padre le ha enseñado el amor a Dios : a tener honor y ser esclava de la palabra : a amparar al desvalido : a ser grave y veraz, casta, continente : a rezar el Ángelus tres veces al día y a venerar a san Millán y Santiago, dos santos a caballo, heraldos del imperativo poético de Castilla y de su acrisolada voluntad del Imperio[211]

LA PLAZA

A José Luis Aras

La piedra está
firme y anónima.
Sostienen los pilares
con gravedad la sombra acogedora.

Aquí alguien habló
tal vez a hombres unidos
en la misma esperanza.

Tal vez entonces
tuvo en verdad la vida
cauce común y fue la patria
un nombre más extenso
de la amistad o del amor.
Aquí
latía un solo corazón unánime.

Porque fue éste
lugar de comunales
sueños, repartidas faenas,
palabras pronunciadas
con idéntica fe.

Tal vez sólo por eso
la piedra aún se levanta
donde, piadosamente,
en el aire extinguido,
mi mano toca ahora
la soledad.

EL CÁNTARO

El cántaro que tiene la suprema
realidad de la forma,
creado de la tierra
para que el ojo pueda
contemplar la frescura.

El cántaro que existe conteniendo,
hueco de contener se quebraría
inánime. Su forma
existe sólo así,
sonora y respirada.
El hondo cántaro
de clara curvatura,
bella y servil:
el cántaro y el canto.

CONTRA JAIME GIL DE BIEDMA

De qué sirve, quisiera yo saber, cambiar de piso,
dejar atrás un solano más negro
que mi reputación —y ya es decir—,
poner visillos blancos
y tomar criada,
renunciar a la vida de bohemio,
si vienes luego tú, pelmazo,
embarazoso huésped, memo vestido con mis trajes,
cangano de colmena, inútil, cacaseno,
con tus manos lavadas,
a comer en mi plato y a ensuciar la casa?

Te acompañan las barras de los bares
últimos de la noche, los chulos, las floristas,
las calles muertas de la madrugada
y los ascensores de luz amarilla
cuando llegas borracho,
y te paras a verte en el espejo
la cara destruida,
con ojos todavía violentos
que no quieres cerrar. Y si te increpo,
te ríes, me recuerdas el pasado
y dices que envejezco.

Podría recordarte que ya no tienes gracia.
Que tu estilo casual y que tu desenfado
resultan truculentos
cuando se tienen más de treinta años,
y que tu encantadora
sonrisa de muchacho soñoliento
—seguro de gustar— es un resto penoso,

El coronel Pash,
Boris Pash,
the son of the Metropolitan of the Russian Orth Church in USA,
especializado en CI (*Communist Infiltration*),
y los agentes de la Sección G2,
disfrazados de mariposas, de marionetas,
de margaritas para el sí y el no,
de rodapiés, de esquinas,
de floreros,
rodearon la casa solitaria
de Jean Tatlock en San Francisco
donde el Doctor,
secretamente vigilado,
pasó la noche.

Damaging information.

She was a Red.

Jean Tatlock se quitó la vida.

El Doctor denunció a sus amigos.
Después,
pacientemente,
fabricó una bomba.

They dropped it
on Hiroshima.

What have we done, my country

Mazurca en este día

Vellido Dolfos mató al rey
a las puertas de Zamora.
Tres veces la corneja en el camino, y casi
color tierra las uñas sobre la barbacana,
desmochadas, oh légamo, barbas, barbas, Vellido
como un simio de mármol más que un fauno en Castilla,
no en Florencia de príncipes, brocado y muslos tibios.
¡Trompetas del poniente!
Por un portillo, bárbaro,
huidiza la capa, Urraca arriba, el cuévano
se teñía de rojo entre sus dedos ásperos,
desleíase el cetro bordado en su justillo,
quieta estaba la luz en sus ojos de corza
sobre el rumor del río lamiendo el farellón.
Y es, por ejemplo, ahora
esta lluvia en los claustros de la Universidad,
sobre el patio de Letras, en la luz charolada
de los impermeables, retenida en la piel
aún más dulce en el hombro, declinando en la espalda
como un hilo de bronce, restallando en la yerta
palmera del jardín, repicando en la lona
de los toscos paraguas, rebotando en el vidrio.

Guantes grises, rugosos,
pana, marfil, cuchillos, alicates o pinzas
sobre el juego de té o baquelita y mimbre.
Dios, ¿qué fue de mi vida?
Cambia el color del agua,
llegan aves de Persia.
Kublai Khan ha muerto.

Manuel Vilas, Amor, 2010

9

LA LUZ

Entraba la luz de la tarde, posándose en las pequeñas botellas
del minibar de la habitación de mi hotel, una luz de montaña
—estábamos en el hotel más caro de los Alpes—, que traía el frío
de finales de agosto. Desde la terraza, *ponte un jersey si sales*
a la terraza, se podía ver esos pinos enormes, religiosos, fragmentos
de la carne de un dios inocente, ¿por qué no quieres ver a nadie,
cabrón antisocial, te pasas los días aquí metido, bebiendo
y mirando los pinos?, me preguntaste, y yo te lo dije bien claro,
estoy jodidamente muerto, soy sólo un cadáver que viaja
por el mundo, un cabrón de vacaciones eternas, un asaltador
de minibares de hoteles de lujo, un consumidor de minibotellas,
y sólo me importa esta luz, esta luz que ilumina la habitación
porque esta luz es lo más misterioso que he visto nunca,
parece como si en ella cupiese la vida que he vivido
y la que no podré vivir, todo mezclado, claro fantasma.

Tu falda y tus bragas negras estaban en la silla, y tú sentada
en el suelo
bebiendo un gintonic, *si no me gustases tanto*, dijiste, ven aquí,
volvamos a la cama, *y empecé a comerme tus brazos,*
tus manos, tus uñas bien cortadas, y la luz seguía entrando
y resplandecía en las etiquetas de las pequeñas botellas
del minibar. Eres un guarro, hijodeputa, no me lo hagas así,
eres un guarro, seguías diciendo, pero la luz no se marchaba
nunca.

Y ella que hablaba de su vida y de sus ilusiones,
y su ropa interior esparcida por la habitación,
decentemente esparcida, y quejándose
de que, en vez de salir por ahí, nos quedásemos jodiendo
toda la noche, y luego, colmada, diciéndome eso
de eres un guarro, hijodeputa, te he dicho que no me lo vuelvas
a hacer así, toda la noche llamándome, repitiendo lo mismo.

Me quedé dormido un rato, me levanté de la cama, desnudo,
fui al minibar, cogí el último botellín y me lo bebí de un trago,
fui al lavabo y dejé correr el agua hasta que salió fría
y luego bebí, y mojé mi boca y mi lengua mucho tiempo,
tú seguías durmiendo, aún tenía líquidos tuyos por todo mi cuerpo,
saliva tuya y aguas de tu sexo y de tu boca, escociéndome,
y la luz ya se había ido, trayendo una paciente oscuridad.